

XIBALBÁ





# XIBALBÁ



STANLEY STRUBLE



**Colección:** Narrativa Nowtilus  
www.nowtilus.com

**Título:** Xibalbá

**Autor:** © Stanley Struble

**Traducción:** De Mariana Costa, dirigida por Redactores en Red

Copyright de la presente edición © 2009 Ediciones Nowtilus S. L.  
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid  
www.nowtilus.com

**Editor:** Santos Rodríguez

**Coordinador editorial:** José Luis Torres Vitolas

**Diseño y realización de cubiertas:** Carlos Peydró

**Diseño del interior de la colección:** JLTV

**Maquetación:** Claudia Rueda Ceppi

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

**ISBN 13:** 978-84-9763-587-5

**Fecha de publicación:** Marzo 2009

**Printed in Spain**

**Imprime:**

**Depósito legal:**

# ÍNDICE

Prólogo.....	9
Capítulo 1.....	13
Capítulo 2.....	19
Capítulo 3.....	27
Capítulo 4.....	39
Capítulo 5.....	47
Capítulo 6.....	53
Capítulo 7.....	67
Capítulo 8.....	71
Capítulo 9.....	79
Capítulo 10.....	99
Capítulo 11.....	107
Capítulo 12.....	117
Capítulo 13.....	125
Capítulo 14.....	137

Capítulo 15.....	145
Capítulo 16.....	151
Capítulo 17.....	159
Capítulo 18.....	167
Capítulo 19.....	191
Capítulo 20.....	211
Capítulo 21.....	229
Capítulo 22.....	247
Capítulo 23.....	259
Capítulo 24.....	271
Capítulo 25.....	281
Capítulo 26.....	291
Capítulo 27.....	305
Capítulo 28.....	315
Capítulo 29.....	325
Capítulo 30.....	347
Capítulo 31.....	361
Capítulo 32.....	371
EPÍLOGO .....	389

## PRÓLOGO

**G**ritos desgarradores y gemidos desolados de víctimas de la desesperación y el abandono llegaban a oídos endurecidos e indiferentes. Enmudecidas por la selva, las voces no podían competir con el piar de los pájaros, el parloteo de los loros y una horda de monos chillones e iracundos que sacudían las ramas de los árboles que cubren el cielo de la selva.

—No va a hablar —dijo el soldado español de casco y bigotes mientras permanecía de pie a la sombra de la selva imponente que se adueñaba de todo. Una fatiga intensa que le llegaba hasta los huesos le pesaba como ropas mojadas. La suciedad le marcaba las arrugas del rostro, y las gotas de transpiración dejaban un camino claro en las mejillas mugrientas.

—¿Probó con aceite hirviendo, Capitán? —preguntó el obispo Landa, de pie bajo la sombra que proyectaba el ya débil sol en la avanzada tarde de Yucatán.

—Sí, su eminencia. Se exasperó extraordinariamente. ¿No lo escuchó llamar a sus esposas?

— Querrá decir esposa.

—Esposas, su eminencia. El mugroso pagano tenía tres, pero una murió cuando regresaban de la ciudad de la selva muerta.

Ajeno a los gritos de los torturados, el obispo cogió el rosario de sándalo que le colgaba del cinturón. Un regalo del abad franciscano en Granada, hecho en Tierra Santa en el siglo XII y llevado a España por los cruzados que regresaron. El

obispo Landa sujetó la cruz y la acarició suavemente con el pulgar mientras cavilaba sobre el problema de Caracol Rojo.

El obispo recordaba a Caracol Rojo de hacía diez años. Habían discutido en varias oportunidades y Caracol Rojo era uno de los pocos que se había animado a hablar en contra de Landa que en ese momento era solo un joven cura franciscano. El viejo maya poseía los libros plegados en acordeón hechos con fibra del maguey. Landa los consideraba obra del diablo y el principal impedimento para convertir a los indígenas. Ya había destruido muchos de los libros diez años atrás, antes de que el viejo obispo lo castigara y lo enviara de regreso a España. Pero en ese país, las actividades que el padre Landa llevaba a cabo en el Nuevo Mundo habían encontrado aprobación. De hecho, ante la desaparición de la fuente de su desgracia, es decir, a la muerte del obispo que lo precedió, el padre Landa fue nombrado nuevo obispo de Yucatán. Reivindicado por sus superiores, había regresado triunfante, ansioso por retomar la búsqueda. Con un fervor inspirado en la Inquisición, creía que su trabajo era obra de Dios y que había que destruir todos los escritos inspirados por el Ángel Negro.

Cuando Caracol Rojo descubrió que Landa había desembarcado en Veracruz, el viejo sacerdote abandonó Chichén Itzá, en Yucatán, con los últimos libros que quedaban. Caracol Rojo se había llevado con él a su familia y a sus seguidores, muchos de ellos provenientes de la ciudad de Maní, hacia la inexplorada selva Lacandona. Pero Landa sabía que él mismo representaba las manos de Dios en la Tierra y que no lo derrotarían muy fácilmente; por este motivo reunió un pequeño ejército y lo envió tras los indios que estaban huyendo. No había mapas de las selvas ni de las montañas del sur que eran, además, casi impenetrables. Un ejército de cincuenta conquistadores había perseguido a Caracol Rojo y a su gente durante casi tres meses. En esa búsqueda, motivada por una venganza moralmente justificable, los soldados habían seguido el rastro de los fugitivos hacia el sur a través de la costa de Tabasco y luego hacia el



sudoeste, internándose en las profundidades de la selva Lacandona, muy cerca de las ruinas de una antigua ciudad maya. Cuando los soldados llegaron, el sacerdote traidor ya se había deshecho de los libros. En dónde había escondido ese tesoro de la literatura es algo que el capitán no pudo descubrir. Los golpes y la tortura de nada sirvieron para que alguien hablara. Pero en lugar de aceptar un fracaso completo, el capitán llevó de regreso a los indígenas a Yucatán con su obispo extremista.

—Dígame, capitán... ¿Qué estaba haciendo Caracol Rojo cuando lo atrapó?

—Parecía una ceremonia, padre. —El conquistador frunció el ceño y suspiró, cansado del trabajo del día y ansioso por terminarlo. El obispo ignoró su indiscreción y escuchó nuevamente y con paciencia la explicación del soldado—. Alguien había esculpido una de esas espantosas piedras que nadie puede leer. Ya sabe, como esas que están cerca de la ciudad pirámide en la que vivía Caracol Rojo. La estaban erigiendo delante de una cueva.

—¿Qué hizo con ella?

—¿Con la piedra? La tuve que tirar, su eminencia. La cargamos durante dos días, pero era demasiado pesada y los hombres se quejaban sin cesar.

—¿La cargaron durante dos días?

—Sí, obispo Landa, para el disgusto de...

—¿Es linda la esposa joven? —interrumpió Landa.

—¿Linda? —El rostro del capitán palideció—. Es indígena, padre. Todas las indígenas son feas.

—Mate a la más vieja y envíe a la linda a la hoguera —ordenó el obispo—. Que se queme lentamente, si no le importa, y encárguese de que no muera demasiado rápido. Caracol Rojo tiene que verla y escuchar sus gritos.

—¿Qué sucederá si muere rápido, su eminencia? Algunos mueren sin razón. Tan solo... —El capitán vaciló frunciendo el ceño—. Tan solo mueren. Se dan por vencidos.

—Entonces mate a Caracol Rojo —replicó el obispo—. No nos dirá nada. Escondió los libros. Todo estaba registrado en la piedra de la que ustedes se deshicieron. De todos modos, los libros no sobrevivirán en el infierno húmedo del sur.

El Capitán se marchó, y el Obispo se dirigió al trío de frailes franciscanos, vestidos con hábitos gruesos, que habían escuchado la conversación.

—Bueno... —Landa encoge los hombros—. No hay nada más por hacer aquí. Hay pocas posibilidades de que el viejo pagano nos diga algo. Arderá en el infierno antes de hablar. Deberíamos regresar a Mérida.

—Sí —afirmó el fraile de ojos grises y cabello largo al levantarse de la silla. Se puso de pie y enfrentó al obispo. La amplia sonrisa del fraile reveló dientes amarillos, separados y torcidos—. Es una lástima que los métodos de Torquemada tengan mala fama ahora, su eminencia. Podríamos haber hecho un trabajo rápido. Pero el Santo Padre sabe más... No tenga dudas de eso —el fraile hizo una reverencia y se apartó para dar paso al obispo.

—Sí, por supuesto —sonrió el obispo Landa—. Termine-  
mos nuestro trabajo aquí y regresemos rápido a Mérida. Se acerca la hora de la cena y el olor a carne quemada no es bueno para el apetito.

# 1

**K**aren Dumas, arqueóloga, arrojó una carpeta de papel manila sobre el escritorio antes de desplomarse sobre la silla de su oficina en el Smithsonian. Apoyó los codos en el escritorio, dejó descansar la cabeza sobre las manos y un suspiro escapó de sus labios. Realmente necesitaba un descanso. Dos semanas estarían bien, calculó. Este proyecto se había transformado rápidamente en una obsesión y ahora su cerebro agotado se estaba rebelando por completo. Si dejaba de moverse, aunque solo fuera durante unos minutos, un impulso irresistible por cerrar los ojos la asediaba. Todavía no. Aún tenía que reunirse con el doctor Depp, su supervisor, antes de tomarse un taxi hasta la Universidad Americana. Gracias a Dios existía el café.

Hojeó la carpeta. Toda su obra estaba adentro; tal vez ése era su futuro: una traducción de los escritos mayas que cubrían la estela de Gould. Las estelas eran piedras altas y chatas erigidas en las ciudades mesoamericanas hacía más de mil años en conmemoración de hechos históricos importantes: guerras, ceremonias, bodas, conquistas y alianzas. La estela de Gould, como muchas otras, había sido robada y extraída de su emplazamiento original. Cuál era ese lugar, ella no lo sabía. El objeto, otrora desconocido, había llegado al Smithsonian un año atrás como parte del patrimonio de Roy

Gould. Estaba astillado, roto y le faltaban piezas importantes. El doctor Depp (conocido como doctor Muerte entre los ayudantes de los conservadores del museo) creía que la colección no tenía valor y le encargó a Karen el trabajo de investigar y clasificar esos trastos viejos completamente inconexos.

Después de meses de estudio, que incluyeron fines de semana y varias noches en vela, Karen, una estudiosa de la escritura maya, había hecho un gran descubrimiento. El mensaje escrito en la estela, hasta ese momento indescifrable, se refería a unos libros mayas escondidos en algún lugar de la selva Lacandona en el estado de Chiapas, al sur de México. Si eso era verdad, y si podían encontrar esos libros, su descubrimiento cobraría una importancia incalculable. Solo un puñado de libros pictográficos había sobrevivido a la furia y a los fuegos ardientes de la Conquista. Los frailes españoles habían destruido despiadadamente todo tipo de objetos que hicieran referencia a las religiones nativas. Desafortunadamente para los indígenas, esto incluyó todas las escrituras que los frailes católicos, quienes no podían leer ninguno de los jeroglíficos, habían arrojado al fuego. Solo unos pocos libros plegados en acordeón hechos con fibra del maguey habían sobrevivido.

Su descubrimiento era tan importante que clasificaba para presentarse ese día en la Universidad Americana. Un logro trascendental para una joven que se desempeñaba como conservadora adjunta en un museo y carecía de trayectoria. Pero primero, antes de su momento de gloria, tenía que encontrarse con Depp. Su secretaria la había llamado con insistencia. ¿Qué querría ahora ese cretino presuntuoso? Suspiró, incapaz de juntar la energía necesaria para encontrarse con una de las personas menos agradables según su punto de vista. Relajó los hombros y cerró los ojos por un momento. Era mejor que se sacara ese compromiso de encima. Tomó la carpeta con la información sobre la estela, las fotografías y su traducción y dejó la oficina. Solo se detuvo a cerrar la puerta.

No había dejado sola a esa traducción en ningún momento desde el incidente de la semana anterior, cuando creyó que habían robado en su oficina. Bueno... tal vez robar no era la palabra adecuada. Según ella no faltaba nada, pero cuando regresó del almuerzo encontró la información acerca de la estela fuera de la carpeta y desparramada por todos lados. Sostenía cuidadosamente la carpeta contra el pecho e inconscientemente la acariciaba con los dedos mientras caminaba por el pasillo.

—¡Allí está! —dijo una voz desconocida.

Sorprendida, se dio vuelta para ver quién la llamaba.

—La estuve buscando. —Un hombre alto, de unos cincuenta años, muy bronceado y de cabello oscuro le sonreía—. Cuando me enteré de que la habían quitado del programa de hoy, pensé que podría encontrarla aquí. Soy David Wolf. —Le extendió la mano—. Soy arqueólogo de la Universidad Nacional de la Ciudad de México.

—¿Qué? ¿Quién? —Preguntó y quedó en silencio. Estaba cansada, su cerebro trabajaba de manera lenta y miraba la mano extendida del hombre que esperaba su saludo—. ¿De qué programa me quitaron? ¿De qué habla, señor Wolf?

—Por favor, llámeme David —le respondió—. Veo que cancelaron su charla sobre la estela de Gould. —Sostenía en las manos el folleto—. Me preguntaba por qué. Verá usted, conozco a Roy Gould de los viejos tiempos. Bueno, hicimos algunos negocios juntos hace veinte o treinta años y tengo curiosidad sobre algunas cosas. Me acuerdo de que vi algunos de sus...

—¿Qué quiere decir con que no estoy en el programa? —interrumpió—. ¡Déjeme ver!

—Sí, por supuesto —dijo mientras le alcanzaba el programa de la conferencia—. En realidad, uno de los motivos por los que vine hasta aquí es para hablarle de Roy.

—No puede ser. Tiene que haber un error —masculló ignorándolo mientras buscaba su nombre en la lista. Karen

apretaba el folleto con fuerza, sus labios eran una delgada línea tensa.

—¿Un error?

Él parecía desconcertado con la respuesta.

—¿Está seguro de que es el de hoy?

—Me lo dieron esta mañana y decidí venir hasta aquí. Roy tenía algunos objetos que había tomado de otras personas profanadores de tumbas para ser preciso de los que no estaba dispuesto a desprenderse. Creo que uno de esos es su estela. Yo discutí con él... Quería hacer un trabajito con ella yo mismo, pero él la envió en barco a los Estados Unidos junto con otras cosas. Decían que estaba comprando objetos... Ya sabe... Pero supongo que después murió y ningún familiar quiso...

El arqueólogo se detuvo al darse cuenta de que ella no lo estaba escuchando.

Karen estaba muda, con los ojos bien abiertos, mirando fijo el papel. Otro nombre había tomado su lugar: Doctor Jonathan Depp, Conservador Principal, Instituto Smithsonian.

—¿Está todo bien, señorita... doctora Dumas? —David parecía darse cuenta de que se había metido en una situación incómoda—. Como le dije, primero intenté llamar, pero usted no estaba en...

—Sí, es decir, no —vaciló—. No sabía que me habían quitado de la lista. No puedo imaginarme por qué... Debe de ser un error. Tengo que llamar inmediatamente... y... tengo una reunión ahora.

Su rostro palideció y se desplomó contra la puerta.

—¿Señorita Dumas! —gritó el arqueólogo—. ¿Se siente bien?

Ella asintió.

—Es solo cansancio.

Miró el programa una vez más para corroborar que faltaba su nombre. No era un accidente y el nombre que estaba en el horario que le correspondía a ella en esa confe-

rencia era la razón: el doctor Jonathan Depp. De esto quería hablarle el doctor Muerte. ¡Ese imbécil! Su conclusión fue que ese artero y calculador gilipollas había hecho esto para avergonzarla.

—Señorita Dumas —dijo el arqueólogo mexicano—, siento mucho haber venido en un mal momento. Le escribí hace dos meses. ¿Recuerda?

Karen lo miró confundida.

—Sí... sí. Creo que me acuerdo. Me había olvidado. Discúlpeme, por favor. No estaba esperando...

—Si es un mal momento, tal vez puedo regresar más tarde.

—Sí, por favor. Si no le molesta. —Miró el reloj—. Tengo una reunión. —Respiró hondo para recuperar la calma—. No creo que me lleve mucho tiempo. ¿Le parece en quince minutos?

—Por supuesto. ¿Hay algo que pueda hacer por usted? Parece afligida.

—No. —Se puso seria—. No, pero gracias de todos modos. Debería haber hecho esto hace mucho tiempo.

—¿Dónde puedo tomar un café?

—Abajo —le indicó con un gesto—, a la izquierda.

El arqueólogo se despidió y Karen se dio vuelta para dirigirse a la oficina de Depp. La decepción aumentaba su fatiga mientras pensaba en el dilema: ¿Por qué? ¿Por qué haría Depp algo así sin consultarle? ¿Sería solo un error? ¿Celos profesionales? ¿Rencor? ¿Un intento de ponerla en su lugar? ¿Quién podía entender que un hombre hiciera algo así? No tenía sentido. ¿Cómo pudo hacerlo? Iba a terminar con esto. Él no tenía excusas para hacer algo así, pero ella lo escucharía solo por un minuto para después decirle lo que pensaba.